

RESEÑA

FILM: MATAR A JESUS

Directora: Laura Mora Ortega

Año: 2017

País: Colombia

Protagonistas: Natasha Jaramillo, Giovanni Rodríguez

Piedad Cecilia Pineda Arbeláez

Desde la estrategia del caracol, no me había conmovido tanto una película colombiana como esta de “Matar a Jesús”. Haber vivido en Medellín permite conocer la dualidad de una ciudad que se comporta como el personaje del libro “El Dr. Jekyll y Mister Hyde”, que muy bien refleja la cinta.

A partir de una historia personal, el asesinato del padre de Paula la protagonista, en el año 2002, se nos muestra la realidad de Medellín. José María, que así se llamaba, estaba vinculado con la universidad pública, en una época de enfrentamiento y connivencia entre distintos bandos: guerrilla, mafia y paramilitares que impedían clarificar los motivos de muchos de los crímenes cometidos.

A partir de la muerte del profesor y la búsqueda de venganza por parte de Paula, la directora logra capturar esa otra urbe más allá del mundo sicarial, aunque el protagonista, Jesús, es un sicario; más allá de los estereotipos de la mafia y de los paramilitares, que, aunque no evidentes, están presentes. Esa perspectiva, con una mirada de realidad, pero también de compasión, es el mayor logro.

Los giros que surgen cuando Paula hace contacto con Jesús, le imprimen un ritmo muy dinámico a la película. El temor de que lo peor puede

suceder en cualquier momento, mantiene la tensión. El escenario que sirve de fondo es el de una ciudad que limita las oportunidades para muchos jóvenes; donde matar se puede convertir en un trabajo como cualquier otro; donde las diversiones se reducen a beber, fumar marihuana y ver fútbol; donde la mamá es el único lazo afectivo serio.

Mantener la película al límite, sin estereotipos y sin caer en el camino fácil del romance o de la violencia explícita, lo logra la directora explorando los sentimientos de sus protagonistas. Hace visible el amor a la familia de un hombre que aparentemente es un monstruo, no para justificarlo sino para entender su historia. La escena en el cuarto de Jesús, cuando este le ofrece una tasa de agua de panela a Paula, como muestra de apoyo, después de que ella fue robada y golpeada, es un ejemplo.

Las situaciones dependen en buena parte de las circunstancias, y la película invita al espectador a evitar los juicios sobre los personajes. Para el sicario un asesinato es un trabajo y morir asesinados es su destino, para Paula la búsqueda de la verdad por su cuenta, ante la inoperancia de la justicia, es un compromiso con ella y con su padre.

La sed de venganza que empieza siendo el leitmotiv, termina cediendo paso a la compasión y el perdón para frenar la violencia, pues cuando Paula tiene la ocasión de ejecutarla, renuncia a ella. De hecho, la escena final, cuando Paula bota el arma, es un símbolo para abrir espacios diferentes a la venganza. Como lo dijo su directora en una entrevista “esta es una película sobre resistirse a la violencia”.

La historia hace recordar a un escritor como Fernando Vallejo, quien describe a una Medellín capaz de grandes sacrificios, que genera ternura, pero que al mismo tiempo es foco de violencia y de venganza, en medio de la desigualdad.

Hay unas imágenes muy bellas, cuando los protagonistas aprecian la ciudad desde una planicie o las tomas nocturnas que, a través de las luces, nos muestran un territorio densamente poblado. Igualmente, hechos muy propios de la cotidianidad paisa como las motos y bicicletas descendiendo de las lomas, los bailes en las calles en diciembre o el rezo de la novena en las casas. En contraposición, hay escenas muy oscuras que se vuelven pesadas como la de los bailes en los bares.

Alrededor de Paula y de Jesús, ambos actores naturales, gira toda la película. La actuación de Jesús, un joven sin educación, que a pesar de su oficio es capaz de tener sentimientos nobles, luce muy auténtica. La de Paula se destaca en su dolor a través de los silencios.

La música se acompaña muy bien en momentos clave cuando se apagan las voces de los personajes y solo se oye la música de fondo; en la muerte del profesor, por ejemplo, cuando madre e hija lloran, o en el recorrido en taxi en medio de las risas, cuando Paula y sus amigos van a bailar.

En resumen, una historia muy bien contada, a partir de la cual se describe una Medellín donde a pesar de la violencia, queda espacio para el amor y la belleza.